

## Papel glacé

Hubo una vez un chico que se quedó toda la tarde de un domingo picando papel glacé para hacer el Cabildo más lindo del mundo. La señorita había dicho que los alumnos iban a votar por los tres mejores trabajos y que los ganadores se expondrían en el salón principal de la escuela.

Y como el chico era muy aplicado hizo un dibujo detallado en una hoja canson, desparramó unas gotas de plasticola, apoyó un ángulo de papel glacé rojo sobre el dibujo y procedió a cubrir el techo. Es curioso, empezar un edificio por el techo; parece una premonición.

Y el niño rompió tres Cabildos: porque los papeles cortados eran muy grandes, porque se le ocurrió arrancarlos con una birome y quedaron marcados con un puntito azul, porque la torre era muy alta.

Pero el último Cabildo resultó de maravilla. Con un pincel lo cubrió con plasticola y quedó como recién lustrado.

Fue hasta el living; su mamá tomaba mate con una amiga, su papá frente al televisor miraba un partido de fútbol (por qué no le gusta el fútbol a este chico, lo escuchó una vez preguntar).

La madre, al ver el trabajo soltó una exclamación y se lo mostró a su amiga.

Y su amiga dijo que era hermoso.

Y el padre dijo que era hermoso.

Al otro día en la escuela, el chico quiso enseñarle el Cabildo a la maestra ni bien entró al aula, pero la maestra dijo que es bueno ser paciente. El concurso del Cabildo iba a ser en la tercera hora.

En el banco de adelante del niño se sentaba una chica de trenzas. Era bellísima y se llamaba Matilde. El niño estaba muy enamorado de ella, si es que los niños se enamoran de las niñas. Nunca pudo soñar con ella. Tampoco jugaban juntos en los recreos. Y él no jugaba al fútbol.

Matilde le enseñó el Cabildo a su compañera. También lo había hecho de papel glacé picado. No estaba bien terminado, alcanzó a ver el niño. Y escuchó que ella estaba ansiosa por ver el Cabildo de Bruno, que se sentaba en la fila de la ventana.

El niño se puso de pie para ver el Cabildo de Bruno. Lo había hecho con plastilina. No parecía gran cosa.

Echó un vistazo de nuevo sobre el Cabildo de Matilde antes que la señorita le dijera que se sentara. No era muy bonito. Le faltaba algo, los trocitos de papel eran muy grandes. El de su compañera de banco era mucho mejor, pintado con plasticolas de colores.

Si el Cabildo de Matilde estuviera barnizado con plasticola como el suyo podría llegar a estar entre los tres primeros. El, ella y... no, Bruno, no.

Pensó también en regalarle el suyo y decirle que la quería. O mejor, cambiárselo sin que Matilde lo advirtiera. Pero no, jamás se animaría. Ella se daría cuenta de que le gustaba.

La señorita, mientras tanto, llenaba el pizarrón con números.

En la mitad del segundo recreo el chico volvió al aula. No había nadie.

Buscó su plasticola en la cartuchera para barnizar el Cabildo de Matilde. Se la había olvidado en la casa.

Pero vio que en la mochila de la compañera de Matilde había una plasticola.

El niño la tomó, constató de nuevo que nadie hubiera en el aula y desparramó el contenido sobre el Cabildo de Matilde.

Y cuando pasó el pincel para deslizarlo se dio cuenta de que le había puesto plasticola de color en lugar de pegamento.

El Cabildo quedó todo blanco como si lo hubieran revocado con yeso.

Parecía la Casa de Tucumán.

El niño se puso colorado y comenzó a transpirar, salía mucho aire de su boca; quitó toda la plasticola que pudo.

El timbre estaba por tocar.

Salió corriendo el niño.

El Cabildo quedó todo encastrado.

Cuando sonó el timbre fue uno de los últimos en entrar al aula, y lo hizo hablando animadamente con un compañero del que no era muy amigo.

Matilde lloraba en silencio. Algo le dijo a su compañera porque ella miraba a Bruno con furia. (Bruno sabía que Matilde gustaba de él y una vez se había burlado de ella por eso).

La señorita le preguntó qué pasaba, que por qué lloraba.

Y Matilde dijo que se había olvidado el Cabildo en su casa.

La señorita no la retó. Sólo le dijo que podía traerlo mañana pero que quedaba fuera de concurso.

El niño se puso colorado. Y respiraba profundamente.

Una vez leí un cuento que dejaba al lector con posibilidad de elegir el final.

Y me pareció que no era muy gentil. Porque todas las historias pueden tener muchos finales.

Por ejemplo en esta, el chico puede:

1. Decir la verdad, confesar que fue él quien se mandó la macana.
2. Hacer que acaba de encontrar el Cabildo de Matilde, darle el suyo y decirle en el oído que ya le va a explicar.
3. Decir que él también se lo olvidó.
4. Decirle al oído que no se preocupe, que él la ama con toda su alma
5. Callarse la boca como si nada hubiera pasado.

Los chicos son en verdad impredecibles.

Luis Sagasti